

CRÓNICAS DE UN VIAJE A NINGUNA PARTE (CATALUÑA, DEL 11-S AL 25-N)*

I

Difícil resulta no inquietarse, entre los que confiamos en un proyecto español de futuro liberal, abierto y democrático, ante la manifestación del martes 11 de septiembre de 2012 en Barcelona. Ni ignorar, ni tampoco magnificar, ni simplemente vilipendiar se me antojan respuestas adecuadas. Ni la infravaloración de los actos por parte de Televisión Española ni su omnipresencia –tan complacientemente machacona como persistentemente aleccionadora– en la que se ha convertido en medio esencial del régimen catalanista, TV3, gobierne el desastroso tripartito o lo haga la decepcionante CiU, resultan pertinentes. El momento requiere comprender –sin necesidad de ser comprensivo, evitando asumir el doble sentido del término– y, en consecuencia, reaccionar. Una vía posible consiste en mirar hacia atrás para prever y afrontar mejor lo que nos espera. No es, evidentemente, la única.

Jordi Canal es historiador. Profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), de París.

* Este artículo retoma, ampliando, revisando y anotando, tres artículos del autor publicados en el diario digital *El Imparcial* (www.elimparcial.es): “¿Independencia?” (15 de septiembre de 2012), “Amada Cataluña” (12 de noviembre de 2012) y “Cataluña, 25-N: No cambió el mar en tierra seca” (27 de noviembre de 2012).

A finales del siglo XIX surgieron, en España, nacionalismos, como el catalán, el vasco o el gallego, que se presentaron como alternativos y se lanzaron, con más o menos convencimiento, a la construcción de naciones. A pesar de lo que sostienen los nacionalistas, las naciones no preceden al nacionalismo. La nación no es ni natural ni inexorable, ni tampoco una simple invención. Es una construcción de los nacionalistas. Los procesos históricos siempre son complicados. Entre los movimientos antes citados, el catalán fue el más precoz y el que se implantó más fácilmente. Desde 1901, con la Lliga Regionalista, el escenario político catalán era ya específico. Hasta hoy mismo, pasando por etapas muy distintas, tanto democráticas como dictatoriales.

Para el surgimiento de estos nacionalismos, cuatro condiciones, que se cumplieran íntegramente a fines del Ochocientos, resultaban indispensables. Ante todo, una coyuntura crítica propicia. El final del siglo XIX responde bien a esta exigencia, con sus múltiples crisis y problemas. En segundo lugar, un descontento manifiesto en relación con los proyectos de construcción del Estado-nación español. El proceso de “hacer españoles”, esto es, de nacionalizar una comunidad política preexistente, no fue, a lo largo del siglo XIX, del todo exitoso. En tercer lugar, la presencia de tradiciones, conciencias, realidades, experiencias y signos identitarios más o menos antiguos. Entre estas y estos sobresalen la lengua, una cultura y una historia propias, las lealtades institucionales y las tradiciones jurídicas locales y regionales, la conciencia étnica y las identidades o, entre otros, las realidades socioeconómicas –la industrialización, por ejemplo– y las experiencias acumuladas. Aunque toda nación y todo nacionalismo sean una construcción, no sería posible emprenderla sin unas sólidas bases, sin materiales. Y estos estaban, por aquel entonces, a mano. Finalmente, los actores, personas dispuestas y disponibles, a fin de cuentas, a dotar de fuerza y a dirigir este proceso histórico: intelectuales, políticos y profesionales. La convergencia de todos los elementos anteriores y sus interrelaciones permiten explicar la eclosión del nacionalismo catalán¹.

¹ Cf. **Jordi Canal**, “El Estado autonómico: reflexiones históricas sobre Cataluña y el nacionalismo catalán”, *Cuadernos de pensamiento político*, 32, 2011, pp. 59-71.

Si de los últimos años del siglo XIX pasamos al momento actual, en un ya entrado siglo XXI, los elementos anteriores vuelven a estar presentes. En algún caso, nunca han desaparecido. Por lo que a la coyuntura propicia se refiere, la actual crisis, económica pero también social y política, sirve plenamente. La aventura del nuevo Estatuto y la del financiamiento constituyen ejemplos manifiestos del descontento en relación con los proyectos de construcción de España que, en este caso, se concretan en el hoy insatisfactorio Estado de las autonomías. Una reforma del modelo, que tan bien funcionó durante algún tiempo, resulta indispensable. Como quiera que sea, en el tema del déficit fiscal de Cataluña mucho hay de confusión y, en especial, de mito².

A los viejos materiales, por su parte, se han añadido muchos nuevos. La posesión de una amplia autonomía y casi ilimitadas competencias ha contribuido a ello. Los resultados del clientelismo, de la educación nacional –no en balde muchos de los manifestantes del 11-S eran BPN (Babys Profundamente Nacionalizados), y de una prensa altamente subvencionada y de una televisión de régimen tienen un papel fundamental. La llamada “normalización”, esto es, la nacionalización de la sociedad catalana, ha sido muy exitosa³. También debe añadirse el uso y el abuso de la historia y el colaboracionismo de buen número de historiadores, que comparten cartel con humoristas televisivos como Toni Soler o Miquel Calçada, Mikimoto, la pareja responsable de los festejos institucionales de 1714-2014. Por último, los actores piden paso, ya sea entre una desprestigiada e inoperante clase política –mucho más preocupada por la propia reproducción y supervivencia que por los problemas que acechan más allá de las paredes del Parlamento– como en la sociedad civil, sobre todo a partir de asociaciones alegremente subvencionadas desde el poder (Ómnium Cultural no es, ni mucho menos, un caso único, aunque sí escandaloso).

El momento es delicado. El populismo de unos (SI, ERC), el tacticismo de otros (PSC) o el oportunismo (CiU) no solucionan nada. La actitud de

² Cf. **Gabriel Elorriaga Pisarik, Ángel de la Fuente, Juan José Rubio Guerrero, Santiago Álvarez García y Pascual Fernández**, *El mito fiscal. Razones para un debate*, Madrid, FAES, 2012. **Antoni Zabalza**, “Malentendidos del saldo fiscal catalán”, *El País*, 19 de noviembre de 2012.

³ Cf. Jordi Canal, “El Estado autonómico...”.

CiU, el gobierno de la *Generalitat* y, en concreto, del presidente Artur Mas y de Josep-Antoni Duran i Lleida el día de la manifestación, así como en los inmediatamente anteriores y posteriores, ha sido de una tremenda irresponsabilidad. La lectura de aquel evento, el 11 de septiembre, y del supuesto clamor del “pueblo catalán” ha acabado demostrándose profundamente errónea. Confundir lo institucional con una demanda partidaria –pese a no proceder de un partido– no parece de sentido común, que, como todo el mundo sabe, es el menos común de los sentidos (y menos común, todavía, entre los nacionalistas). El experimento, como ocurre a veces –piénsese, por ejemplo, en el monstruo de Frankenstein–, supera al creador. Sea como fuere, supuestamente más de un millón de catalanes salieron a la calle pidiendo, en voz alta o baja, la independencia de Cataluña y su conversión en un nuevo Estado de Europa. El nuevo independentismo económico daba la mano al más clásico, de tipo sentimental. Únicamente la adopción de medidas que sean fruto de una profunda reflexión y la voluntad de encontrar soluciones a un problema evidente, al margen de oportunismos, cainismos y cinismos, tan frecuentes en nuestra historia, nos van a permitir superar este momento tan complejo. Sin prisas, pero sin pausa.

II

En una de sus innumerables e insufribles intervenciones desde nuestro particular 11-S, el presidente de la Generalidad catalana, Artur Mas, aseguró que, tras la declaración de intenciones de querer tener un Estado propio para Cataluña, lo normal sería haber recibido “un montón de ofertas” desde España para no marcharse; pero, en cambio, “lo único que vemos son palos, patadas y golpes”⁴. Algunos días antes, el expresidente de la misma institución durante más de dos décadas, Jordi Pujol, había declarado en la televisión del régimen, TV3, que en España hay “una actitud muy negativa, muy hostil” contra Cataluña. La situación, según Pujol, es “peor que nunca, nunca lo había visto así”, mucho peor incluso que en época de Franco⁵.

⁴ “Mas dice que el proyecto soberanista solo recibe de España patadas y golpes”, *El País*, 7 de noviembre de 2012.

⁵ “Pujol no havia vist mai ‘tanta hostilitat’ contra Catalunya”, *e-noticies* (www.e-noticies.cat), 29 de octubre de 2012.

Ya sabemos que los argumentos del nacionalismo difícilmente parten de realidades, pero sorprende que los líderes políticos no piensen, antes de espetar sus reflexiones sobre lo poco que España quiere a Cataluña, en lo que vienen pregonando ellos mismos y otros desde hace tiempo: que España y los españoles son ladrones y expoliadores; que los españoles han querido, históricamente, aniquilar a los catalanes o perpetrar un genocidio; que los andaluces se pasan el día en el bar mientras los catalanes les mantienen, y, como es bien conocido, un largo etcétera. ¿Puede esperarse, tras insultos y mentiras de ese calibre, amor, actitudes positivas y “buenrollismo”? No voy a negar que algunas responsabilidades están repartidas –baste con citar como muestra las inoportunas alusiones del ministro José Ignacio Wert sobre la españolización de los niños catalanes, las desafortunadas declaraciones de un expresidente autonómico socialista sobre la devolución a Extremadura de los extremeños de Cataluña o los deseos expresados por el periodista Federico Jiménez Losantos de que la independencia se haga de forma hostil–, pero sí debo afirmar que declaraciones como las de Mas y Pujol o bien, en el mismo sentido, las de muchos catalanitos de a pie, bien adoctrinados y adocenados, provocan perplejidad.

La situación es complicada y no hay vuelta atrás. Las viejas fórmulas, ya sea el autonomismo derivado de la Transición o bien el federalismo, no son más que fórmulas viejas. El independentismo, por su parte, es, como ha escrito una de las pocas voces sensatas en la Cataluña actual, Valentí Puig, una carta a los reyes⁶. Eso, en el mejor de los casos. El mesianismo y las formas iconográficamente totalitarias de la propaganda electoral de CiU –el cartel con el lema “La voluntad de un pueblo”, acompañando la imagen de “Moisés” Mas– ponen los pelos de punta. Más que un disparate, son una indecencia. Aquellos que apelan ahora continuamente al pueblo catalán muestran al mismo tiempo clamorosos fallos de ética y práctica democrática. La referencia de Oriol Pujol al papel del Rey no hace más que enlodar el discurso convergente⁷. El independentismo de ERC o SI, en cambio, en la versión de Oriol Junqueras o en la de Alfons López-Tena, no

⁶ Valentí Puig, “Los árboles y el bosque”, *El País*, 12 de noviembre de 2012.

⁷ Cf. Alfonso Ussía, “La suerte del Rey”, *La Razón*, 12 de noviembre de 2012.

aportan novedades. Habrá que hacer un enorme esfuerzo de imaginación y sensatez para salir del embrollo creado.

En una entrevista concedida a *La Vanguardia* –no todos los diarios lo consiguieron, por cierto–, Artur Mas dio algunos detalles sobre el referéndum que tenía intención de convocar durante la siguiente legislatura para avanzar hacia la deseada independencia de Cataluña. Incluso se atrevía a sugerir la pregunta a formular en dicha consulta: “¿Desea que Cataluña se convierta en un nuevo Estado de la Unión Europea?”⁸. Como mínimo se me ocurren cuatro problemas. Ante todo, la ilegalidad de una consulta organizada unilateralmente. Saltarse las reglas no parece un buen ejercicio democrático y un nuevo “presidente mártir” no hace ninguna falta. Como escribía Álex Salmón, en las páginas de *El Mundo*, “no se puede perseguir la independencia sin conocer el camino legal, aunque tenga unas dificultades constitucionales casi imposibles”⁹.

En segundo lugar, no se especifica casi nunca quiénes serían los votantes: ¿solamente los catalanes?, ¿todos los españoles? La interrogación no es baladí. En tercer lugar, se introduce en la supuesta pregunta el verbo desear. ¿No es algo muy ambiguo? La apelación a los sentimientos siempre ha dado buenos resultados a los nacionalistas. Finalmente, la Unión Europea tiene algo que decir y lo ha hecho ya: Cataluña se quedaría fuera y debería solicitar su ingreso, que distaría de ser automático y sencillo. Y ello sin entrar en la cuestión del coste real de la operación. Preguntas sin respuesta, como apuntan algunos periodistas¹⁰. Sobre todos los temas anteriores se ha pasado de puntillas, jugando con ambigüedades y, a veces, con clamorosos engaños.

Afirmaban los carlistas en el siglo XIX que si don Carlos subía al trono, todos los problemas de España iban a arreglarse inmediatamente. Los nacionalistas catalanes nos prometen ahora, en el siglo XXI, que la indepen-

⁸ **Jordi Barbeta**, “[Entrevista a] Artur Mas”, *La Vanguardia*, 12 de octubre de 2012.

⁹ **Álex Salmón**, “Si fuera separatista”, *El Mundo*, 19 de noviembre de 2012.

¹⁰ **María Jesús Cañizares**, “Elecciones catalanas 2012: Las diez preguntas sin respuesta del proyecto independentista de CiU”, *ABC*, 23 de noviembre de 2012. **Xavier Vidal-Folch**, “Incierta aventura a la independencia”, *El País*, 25 de noviembre de 2012.

dencia es la solución para todo. La Cataluña libre será rica –“i plena”, supongo– y feliz (ya se sabe que Cataluña es una señora maltratada: lo recordó en la televisión el opinante orgánico y cromático Xavier Sala i Martín¹¹). Lo de menos es dar explicaciones o tener programas concretos. Todos felices y a comer perdices. Los políticos nacionalistas catalanes han convertido hoy esta insensatez en su razón de ser y nos mienten un día tras otro sobre Europa, sobre el déficit fiscal y sobre el coste del deseado proceso de independencia. Y ello les permite esconder, asimismo, la crisis y su pésima gestión, que ha convertido al famoso gobierno de los mejores –el de Artur Mas y sus apóstoles, con el portavoz Francesc Homs a la cabeza– en el pelotón de los torpes.

Al mismo tiempo, los empresarios están asustados, pero prefieren callar. Mas se ha alejado del gran empresariado catalán. Las declaraciones de José Manuel Lara fueron excepcionales. Ha predominado un silencio tan decepcionado como decepcionante¹². La televisión y las radios catalanas repiten machaconamente los mensajes del poder, al igual que la prensa, previa recompensa a través de subvenciones suculentas. El caso de *La Vanguardia*, que, en su versión catalana, se regala con profusión en universidades y ferrocarriles, ha sorprendido por su apuesta firme, en los últimos meses, por el independentismo masista. El diario *El Periódico* le dedicó uno de sus editoriales, con la pregunta siguiente: “¿Tan jugosas son las prebendas como para acarrear tamaño sometimiento editorial?”¹³ Cuando el día después de las elecciones del 25-M, desde las páginas de *La Vanguardia* se introduzcan críticas a Artur Mas y se hable de su fracaso –“Fracaso excepcional” rezaba el título de la crónica de Jordi Barbeta¹⁴–, el director de la fundación convergente CatDem, Agustí Colomines, va a acusar al diario, sin ocultar su sorpresa y malestar, de tener mucho morro y de traición¹⁵.

¹¹ “Sala i Martín compara Catalunya amb una ‘maltractada’”, *e-notícies* (www.e-noticies.cat), 17 de mayo de 2012.

¹² **José Antonio Zarzalejos**, “El empresariado catalán y las ocas del Capitolio”, *El Confidencial* (www.elconfidencial.com), 1 de diciembre de 2012.

¹³ “El periódico de la Catalunya real”, *El Periódico*, 27 de noviembre de 2012.

¹⁴ **Jordi Barbeta**, “Fracaso excepcional”, *La Vanguardia*, 26 de noviembre de 2012.

¹⁵ “La CatDem acusa *La Vanguardia* de ‘traïció’”, *e-notícies* (www.e-noticies.cat), 26 de noviembre de 2012.

Los socialistas mantienen un tono bajo en la campaña, obligados por sus responsabilidades en la época del tripartito (la deuda de la Generalitat, ¿es culpa del supuesto expolio español o de los gastos incontrolados e indecentes de los anteriores gobiernos, tripartitos y pujolistas?). Los “intelectuales” y opinadores se movilizan. El panorama, en plena campaña electoral y a pocos días de las elecciones del 25-N –un avance que debe ser calificado de irresponsable y muy costoso, en tiempos de crisis–, resulta desolador. Disculpen, por favor, mi tono pesimista. ¿Será verdad aquello que decía mi abuela sobre el sufrimiento provocado por los que dicen amar a una cosa o a alguien? El peligro real de los soberanistas e independentistas catalanes es que, al final, acaben matando de “amor” –o terror– a su Cataluña amada.

III

Durante la campaña electoral de las elecciones catalanas del domingo día 25 de noviembre –el nivel de los debates ha sido particularmente insatisfactorio, como de patio de colegio, en palabras de Joan Tàpia¹⁶– se ha comparado en numerosas ocasiones a Artur Mas, presidente de la Generalitat y líder de CiU, con la figura de Moisés. Los carteles de propaganda de la propia formación nacionalista contribuyeron a ello. Mas se erigió, en cualquier caso, en salvador y conductor de un pueblo hacia un supuesto destino: la independencia y la génesis de un nuevo Estado en Europa. Solamente se sabía que, escapando de los españoles, los catalanes serían felices, ricos y plenos. Las elecciones del 25-N eran, en algún modo, la clave para un camino sin retorno en un viaje a ninguna parte. Se trataba de una suerte de travesía del mar Rojo, emprendida por Artur-Moisés.

A diferencia de lo que se nos cuenta en el *Éxodo* (14:21), a pesar de que Artur Mas extendiera su mano sobre el mar –o las urnas–, el viento no sopló –o los resultados electorales del 25 de noviembre no resultaron favorables– y no cambió el mar en tierra seca ni se separaron las aguas. Y los egipcios (o españoles) no quedaron atrás. Esto puede traducirse en

¹⁶ Joan Tàpia, “Complicado viernes de reflexión”, *El Periódico*, 23 de noviembre de 2012.

un retroceso electoral muy significativo de CiU –de 62 diputados a 50– y un cuestionamiento muy serio del proceso soberanista-independentista y de su propio líder. Ciertamente es que, a pesar de todo, Artur Mas ha ganado las elecciones, pero ha perdido credibilidad como supuesto conductor de los catalanes hacia el paraíso propio. Todos sabemos que en nuestro país los dirigentes políticos casi nunca aceptan responsabilidades ni dimiten, pero en esta ocasión el presidente de la Generalitat en funciones debería hacerlo.

Artur Mas llegó al gobierno catalán tras la etapa del llamado tripartito, que gobernó mal, dilapidó mucho –una parte de los problemas económicos actuales tiene ahí su origen, no en un mitificado expolio fiscal– y metió a los ciudadanos de Cataluña en un berenjenal a todas luces innecesario, el del nuevo *Estatut*. El vencedor prometió cambios y un gobierno de los mejores. Todo quedó en nada, excepto los recortes. A media legislatura, aprovechando el vendaval del 11 de septiembre, Mas decidió convocar nuevas elecciones, con la intención de conseguir una mayoría absoluta y capitalizar el movimiento proindependentista. Y, asimismo, no puede olvidarse, para esconder (y/o plebiscitar) su discutible gestión y los casos de corrupción que apuntaban a la formación nacionalista, en especial los de Félix Millet, el Palau de la Música y sus derivados. Algo huele mal en el antaño tan cacareado como improbable oasis catalán. Hoy, aunque también ayer y anteayer quizás. Las aguas sucias que lo contaminan se llaman Pretoria, Palau de la Música, ITV o, entre otros casos abiertos más, Mercurio. Resulta difícil no acordarse de la referencia punzante, en sede parlamentaria, en febrero de 2005, de Pasqual Maragall al dichoso 3%, dirigiéndose a Mas: “Ustedes tienen un problema que se llama 3%”. Tampoco puede olvidarse, evidentemente, la connivencia partidista –en especial, entre CiU y el PSC– a la hora de dejar de hablar rápidamente de ello y pasar página.

La apuesta, el 25-N, salió mal –el recuerdo del lehendakari Juan José Ibarretxe y su plan es pertinente–. CiU pierde doce diputados y sube once ERC. Los electores independentistas le han dicho a Mas que prefieren el original a la copia, un partido que siempre ha defendido la independencia frente a otro, neoconverso, que la apoya por tacticismo. La lectura de los resultados de las elecciones del 25-N en Cataluña no puede quedarse, sin

embargo, en la consideración anterior. Incluso sobre CiU y sobre ERC merece la pena decir alguna cosa más.

En la primera formación se salvan de la humillante derrota o triste victoria, como se prefiera, dos dirigentes de generaciones distintas –uno de Unió y el otro de Convergència–, pero que pueden jugar un papel importante en el futuro, si los soberanistas duros se lo permiten: Josep-Antoni Duran i Lleida y Santi Vila, alcalde de Figueras, que encabezaba la lista de Gerona y que fue el único que obtuvo los mismos resultados en escaños. Si Artur Mas no dimite e intenta formar gobierno, en solitario o pactando con ERC o el PSC, tendrá que reconsiderar el papel de uno y otro. Y, asimismo, cortar las alas a los Francesc Homs, Agustí Colomines y Oriol Pujol.

La subida de ERC se explica, a mi entender, como capitalización del voto independentista de verdad, lo que ha afectado, como hemos visto, a CiU y ha propiciado, también, la desaparición de Solidaritat, la opción independentista-friki dirigida por el ídem López Tena. ERC decidió olvidarse, igualmente, como había hecho muchas otras veces a lo largo de la historia, de sus supuestos planteamientos de izquierda para centrarse solo en la independencia. Las ideas, precisamente, no sobran. Al estilo de su descafeinado líder, son, por encima de todo y casi de manera única, patriotas.

Si la desaparición del mapa parlamentario catalán de Solidaritat per la Independència constituye una buena noticia, debe preocupar, en cambio, la entrada en la cámara de las CUP, también independentistas y anticapitalistas. Del ámbito municipal, sobre todo en la provincia de Gerona, han hecho un significativo salto al regional. Por su parte, Iniciativa (ICV) ha capitalizado un poquito del malestar social y el PP ha subido –Alicia Sánchez Camacho hizo una buena campaña–, pero menos de lo esperado. Entre los auténticos ganadores se encuentra Ciutadans, de Albert Rivera, que se convierte ya en una fuerza que no puede seguir siendo ninguneada por el nacionalismo en el poder. El no nacionalismo se reparte ahora ya claramente entre el centro-derecha del PP y la izquierda de Ciutadans. La subida de estos últimos, de tres a nueve escaños, algo tiene que ver con los pésimos resultados de los socialistas. La crisis del PSC es muy profunda y la apuesta federal poco atractiva, además de arcaizante. El oportunismo con el que desde

el PSOE se está recuperando el federalismo permite aplazar y no tener que entrar en el tema principal de fondo: la cuestión nacional¹⁷.

Empieza, así pues, tras el 25-N, una legislatura complicada –de entrada, la gobernabilidad no está asegurada, ni nuevas elecciones descartadas a corto o mediano plazo–, en la que los Moisés ya no tienen ningún papel y en la que el sueño de cambiar el mar en tierra seca para poder proseguir la ruta a no-se-sabe-bien-dónde se ha desvanecido. Lo que ahora toca, tras este baño necesario de necesaria realidad, es poner encima de la mesa propuestas constructivas y argumentadas, favorecer el diálogo y evitar las posiciones ensimismadas y maximalistas. Huyamos del fatalismo, recomienda acertadamente Valentí Puig¹⁸. La vuelta atrás ya no es posible, pero podemos, entre todos, construir algo nuevo, que nos permita seguir viviendo juntos. La ocasión es excelente para que nuestros dirigentes políticos nos muestren que nos equivocamos rotundamente al considerarlos, en general, de una mediocridad pasmosa.

PALABRAS CLAVE

Cataluña • Elecciones • Estado Autonómico • Nacionalismo • Independentismo

RESUMEN

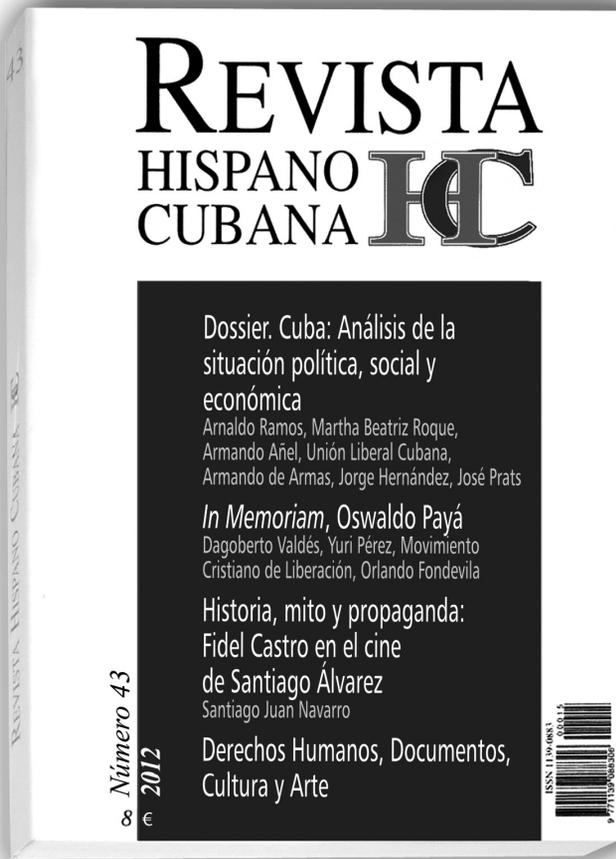
En este artículo se relatan y analizan los acontecimientos ocurridos en Cataluña entre la gran manifestación independentista del 11 de septiembre de 2012 y las elecciones del 25 de noviembre. Las decisiones de Artur Mas, el enfrentamiento Cataluña-España, el papel de los medios de comunicación o los mitos nacionalistas constituyen algunos de los elementos fundamentales de reflexión. La vuelta atrás no resulta ya posible y hoy más que nunca un futuro para la convivencia común debe ser imaginado.

ABSTRACT

This article narrates and analyses the events taking place in Catalonia between the great independence demonstration of September 11, 2012 and the elections of November 25. Decisions of Artur Mas, the Catalonia-Spain clash, the role of the media or nationalist myths are some of the key elements to consider. There's no turning back and today, more than ever, a common future for coexistence must be devised.

¹⁷ Cf. **Jorge del Palacio**, "No es el federalismo, es la cuestión nacional", *El País*, 29 de noviembre de 2012.

¹⁸ **Valentí Puig**, "Contra el fatalismo", *El País*, 4 de diciembre de 2012.



REVISTA HISPANO CUBANA HC

Dossier. Cuba: Análisis de la
situación política, social y
económica

Arnaldo Ramos, Martha Beatriz Roque,
Armando Añel, Unión Liberal Cubana,
Armando de Armas, Jorge Hernández, José Prats

In Memoriam, Oswaldo Payá

Dagoberto Valdés, Yuri Pérez, Movimiento
Cristiano de Liberación, Orlando Fondevila

Historia, mito y propaganda:
Fidel Castro en el cine
de Santiago Álvarez

Santiago Juan Navarro

Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte

Número 43
2012
8 €



Director

Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial

Cristina Álvarez Barthe
Elías Amor
Luis Arranz
María Elena Cruz Varela
Jorge Dávila
Manuel Díaz Martínez
Ángel Esteban del Campo
Alina Fernández
María Victoria Fernández-Ávila
Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui

José Luis González Quirós
Mario Guillot
Guillermo Gortázar
Jesús Huerta de Soto
Felipe Lázaro
Jacobo Machover
José María Marco
Begoña Martínez
Eusebio Mujal-León
Fabio Murrieta
José Luis Prieto Benavent
Tania Quintero
Alberto Recarte

Raúl Rivero

Ángel Rodríguez Abad
José Antonio San Gil
José Sanmartín
Pío Serrano
Daniel Silva
Álvaro Vargas Llosa
Alejo Vidal-Quadras

Redacción

Orlando Fondevila
Rocío Martínez

www.revistahc.org

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid
Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08